

Capítulo 1

Septiembre de 1999

Su cuerpo mostraba una postura desarticulada e inhumana. Sin embargo, pese a la contorsión y a la lividez de mármol que cubría su piel, era evidente que se trataba de una joven de gran belleza.

Pierre se quedó inmóvil unos segundos sin acercarse, y respiró hondo el aire frío y agrio del callejón. Hizo un gesto con la mano para que nadie se le adelantara. Después de mucho tiempo en el dique seco volvía a las calles; recuperaba su autoridad. Era con toda seguridad una aberración producida por los años de servicio, pero echaba en falta todo aquello.

Lo primero que pensó, mientras se encendía un cigarrillo, fue que el excesivo maquillaje de la joven, la minifalda de cuero y las diminutas bragas, que llevaba por los tobillos, mostraban algunos indicios conductuales que decidió no calificar. Siempre existía la tentación de sacar conclusiones precipitadas al llegar a una escena. «La suposición es la madre de los prejuicios», era una frase que Pierre no recordaba dónde había oído pero que procuraba no olvidar.

Tenía veinte años y se llamaba Jessica Scott. Parecía mucho más joven en la foto del permiso de conducir que el detective extrajo del bolso que estaba tirado a su lado.

La muchacha no tenía el rímel corrido, lo cual evidenciaba ausencia de llanto previo a la agresión. Esto también podía significar que no fue consciente de la amenaza hasta el último instante, por lo que pese a su desnudez probablemente no había sido violada. Un *flash* veló la oscuridad de la noche y cegó a Pierre cuando se agachaba para observar a Jessica de cerca.

—¡Dejad las fotos del cuerpo para después! —ordenó malhumorado, sin apenas elevar la voz.

Podía haber sido violada tras su estrangulamiento, retomó el hilo deductivo; no sería la primera vez que lo viera. Observó la postura

de sus piernas, su pubis perfilado y pulcro, carente de marcas o abrasiones, y concluyó que probablemente no era el caso. Todavía podía apreciarse el aroma dulzón del perfume que la envolvía.

No era a grandes rasgos un caso diferente a otros; una callejuela estrecha, una chica guapa asesinada y desnuda, botellas vacías, basura, charcos de lluvia y meados y oscuridad, la cómplice necesaria. Sin embargo, tras una observación más sosegada era evidente que algo no terminaba de encajar. Jessica lucía una cuidada manicura, su provocativa ropa era de marca y conservaba en la muñeca una valiosa pulsera de oro con incrustaciones. No era la clase de chica que frecuentaba rincones como aquel. Tampoco la forma en que había sido estrangulada era habitual. No quedaban marcas de dedos ni erosiones provocadas por una soga o cinturón. La joven presentaba una única abrasión de unos pocos milímetros de anchura que rodeaba con profundidad toda la parte anterior del cuello. Mientras los fotógrafos forenses immortalizaban cada detalle de la escena, Pierre intentaba imaginar el arma. Solo los asesinos de las películas americanas usaban cables de acero como el que dejaría semejante marca. El apellido de la joven, Scott, dejaba abierta la posibilidad de un profesional de hábitos internacionales. Era evidente que el móvil no era el robo, ni tampoco una relación pasional que se hubiera salido de madre. En esos casos, el asesino, víctima de su propio secuestro emocional, solía usar sus manos o bien un objeto contundente o punzante. Cualquier enfrentamiento físico o abuso dejaba tras de sí pelos, saliva, intercambio de fibras y, con frecuencia, semen.

Nada de esto apareció cuando el médico forense concluyó al día siguiente su minucioso trabajo. La señorita Scott no era virgen pero no presentaba erosiones vaginales ni anales, lo cual parecía confirmar la ausencia de penetración no consentida o cualquier agresión sexual de otra índole. En un pequeño apartado del informe, donde el forense tomaba nota de lunares, imperfecciones o tatuajes, este describía un dibujo realizado en la nalga derecha de la víctima: tres finas líneas curvas y paralelas, cortadas por otras dos perpendiculares de trazo más grueso.

Aquella especie de pictograma dibujado en la nalga era lo único que destacaba en toda su piel y en la incipiente investigación.

Su nombre era Antonio Marchena Garzón, pero le apodaban Pierre; inspector jefe Pierre. Cualquiera con unas mínimas dotes de observación que se cruzase por la calle con él lo hubiese descrito como un hombre alto, serio, discretamente vestido y de paso firme. Quizás añadiera, si el transeúnte fuese una mujer con inclinación a juicios estéticos, que probablemente de joven fue apuesto. Y si esta tuviese cierta edad, es posible que le sacara un parecido a Jean Paul Belmondo. No obstante, si el que se cruzase por la calle con él fuese un grafitero de diecisiete años, su descripción se aproximaría más a la de un viejo amargado con pinta de madero.

Los que lo conocían de una forma más cercana dirían sin duda que hablaba poco y que nunca decía nada por decir. Y quien lo conocía de verdad... Ya no quedaba nadie que lo conociese de verdad.

Cuando Jessica apareció tirada en aquel callejón, a Pierre le quedaban apenas unos meses para alcanzar la jubilación. El comisario José María Ginés, conocido entre sus subordinados como el Gin, por su extemporánea afición a los combinados, y con quien Pierre tenía una larga historia de desencuentros, había mantenido a este fuera de las calles los dos últimos años con el insultante pretexto de que ya estaba mayor para esos trotes. Así mismo se lo había dicho, para añadir a continuación, con una sonrisa desdibujada en su semblante cirrótico, que había papeleo de sobra para uno más. Sin embargo, Jessica Scott era la hija de un importante empresario británico, y el mismo alcalde había telefonado al comisario Ginés para que pusiera al inspector jefe Pierre al mando de la investigación. Eran incontables los casos que a lo largo de los años Pierre había resuelto con brillantez y, pese a la insistencia en sentido contrario del comisario, el alcalde había sido inflexible.

Al llegar a su pequeño apartamento en el casco antiguo del distrito de Vicálvaro, el viejo Trasto salió a recibirle con su ladrido de bienvenida y sus mohínes de perro mimado. Pierre le frotó la cabeza con

cariño y dedujo por sus patas húmedas que Teresa, su solícita vecina, ya lo había bajado. Se sirvió una copa de vino tinto y puso un viejo vinilo de Arturo Sandoval. La calidez del *jazz* latino le hacía pensar en el Caribe, en el sol, en un mar azul turquesa y en que, pese a su edad, aún había algo de futuro. Los breves instantes en los que elucubraba sobre aquellos paisajes luminosos habitados por una versión feliz de sí mismo, conseguía apartar la decadencia, el ruido y los nubarrones grises que acompañaban incansables a la ciudad y a sus pensamientos. Se sentó en un sofá, moldeado a su antaño poderosa espalda, y se atusó el pelo. Unos cuantos cabellos grises se le quedaron en la palma de la mano, formando líneas entrecruzadas. Intentó no pensar en la investigación, pero la imagen de la muchacha sobre la mesa de autopsias y el dibujo en la nalga regresaban a su mente con insistencia. Después de dos años enterrado entre papeles, se preguntaba si ya no sería el mismo de antes. Trasto se tumbó a sus pies y soltó un estornudo, mostrando el reflejo blanquecino de sus cataratas. El solo del virtuoso trompetista trajo el sol, ese futuro posible, y con él, su novela inacabada. Un amigo editor le había dicho que era más un ensayo que una novela; sin embargo, a Pierre la palabra novela le parecía menos pretenciosa. Tenía pendientes un montón de correcciones para las que no sabía encontrar tiempo y que este nuevo caso amenazaba con retrasar todavía más.

Normalmente, tras una semana de investigación ya tendría alguna pista que seguir, indicios, huellas, algo; pero no. Esta vez, la dudosa compensación que ofrecía a la víctima la captura de su asesino no parecía estar cerca. Aquella noche, Jessica había acudido a un concierto en un estadio de fútbol con unas amigas. Según relataron estas en el interrogatorio, al terminar el espectáculo, aproximadamente a las doce, entre el tumulto y la severa embriaguez que todas admitieron sin reparos, se habían dispersado para encontrarse nuevamente a la salida; todas excepto Jessica. Según dijeron, recorrieron todas las calles próximas y no consiguieron encontrarla. Pero Jessica era muy dada a la aventura y supusieron que, como en otras ocasiones, había encontrado mejor compañía. Según había dictaminado el forense, la muerte se había producido alrededor de las doce y media de la madrugada y el lugar en que fue encontrada distaba casi tres

kilómetros del estadio. En el estado en que se encontraba, debió de darse mucha prisa, una vez se separó de sus amigas, para llegar tan lejos. Era improbable que se alejase de forma involuntaria. Alguien debió de acompañarla hasta allí. Lo único que destacaba en Jessica respecto a sus compañeras era un pase vip para compartir unos minutos con los músicos antes del concierto. Las amigas no reconocieron el dibujo ni supieron encontrarle explicación.

El siseo insistente de la aguja al final del disco sacó a Pierre de sus reflexiones y lo trajo de vuelta al mundo de los vivos. Estaba cansado y le dolía la espalda. Apuró su copa de vino y, seguido de cerca por Trasto, se acostó sin cenar.

Julio de 1994

David Morales era el menor de dos hermanos. Lo cierto era que Raúl había fallecido hacía varios años víctima de una sobredosis de heroína, por lo que a efectos reales era hijo único. Vivía con sus padres en un pequeño piso de dos habitaciones, en un deprimido barrio proletario de las afueras del distrito de Usera. Paco, el padre, un albañil entregado a la bebida y a quien el desempleo continuado había arrancado la autoestima, apenas cruzaba ya su órbita con la de David. Años atrás, mucho antes de las drogas, de los gritos y la vergüenza, hubo un tiempo en el que procuró ser un buen padre. Solía llevarles los domingos al fútbol y, cogiendo sus pequeñas manitas, los hacía volar al saltar los escalones del estadio. La estampa de los tres, sonrientes, coloridos y «embufandados», no podía ser más simétrica y tierna. David recurría a esta imagen para ahuyentar el desprecio que le provocaba encontrárselo cada tarde, ebrio y cabizbajo, deambulando por el barrio, o grotescamente derrumbado frente al televisor. Sin embargo, su madre, Asun, era un típico ejemplo de superación. Limpiaba casas y locales día y noche para mantenerles a él y a su padre, al que compadecía y añoraba a partes iguales. A base de esfuerzo y de un cariño construido con piezas del pasado, conseguía hacer de una penosa realidad algo parecido a un hogar. Soñaba con que algún día las cosas cambiarían y todo volvería a ser como antes.

David, pese a todo este paisaje de escombros emocionales, había encontrado una vía con la que ocupar su mente. Su banda de *rock*, sus letras y su vieja guitarra eran toda su ocupación.

—A la de tres. Un, dos, tres...

Cada mañana, entre barrotes, veo salir el sol,

la noche es fría, el día es....

—¡Joder, no! ¡Ahí tienes que cortar y pasarte al chaston! —David dirigía su ruidosa banda con una firmeza que al resto del grupo le costaba aceptar.

—¿Por qué no le das tú, listo? —contestó el que se sentaba tras la batería, hastiado de las continuas correcciones.

—¡Joder, yo no puedo hacerlo todo! ¡Anda, pásame la birra! —zanjó la tentativa de réplica.

—¡Que te la pase tu vieja!

—¡Igual es la tuya la que me la pasa, mamón! —correspondió David con su dialéctica conciliadora.

—¡Que te den a ti y a tu puta mierda de «banda»! —remarcó con sarcasmo. Cogió las baquetas, la chupa y se marchó de la bajera dando un portazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó tras un incómodo silencio el bajista.

—¡Buscar a alguien que sepa tocar! ¿Tú qué crees?

—¡Qué buen rollo!

—¡Esto es una banda de *rock*, no una cuadrilla de amiguitas! —contestó con sorna David y se terminó a continuación la litrona de un solo trago.

—¡Eres un gilipollas, y te vas a quedar solo!

—Yo también te quiero —respondió David sin dignarse a mirarle.

El bajista recogió precipitadamente su instrumento y sus cables y desapareció para siempre.

David tiró con violencia la botella vacía contra una de las paredes de la bajera. Esta rebotó en los cartones de huevos, negándole el desahogo.

—¡Que os den! —gritó. Se sentó, lio un porro e intentó calmarse mientras lo fumaba. Una brizna de culpabilidad asomó en sus pensamientos. Siempre terminaba sucediéndole lo mismo, ya fuese con los profesores, con el jefe o con sus compañeros de grupo. Con el humo resbalando por su rostro, se colgó la guitarra y diluyó sus reflexiones culpando al mundo y a todos sus habitantes por su incomprensión. Subió el volumen de su amplificador de válvulas y comenzó a tocar una balada de Gary Moore que sintonizaba perfectamente con el estado de ánimo taciturno que le invadía tras sus arrebatos de furia. Cada acorde, cada nota, transportaban a David a un futuro imaginario del que sin duda se creía dueño. Podía ver a la multitud moviendo sus mecheros mientras él, en el centro de un potente reflector, enlazaba las melodías más bellas y espectaculares que las escalas gregorianas eran capaces de albergar. Todos sin excepción se rendían ante un virtuosismo nunca antes visto. Solo en ese lugar imaginario David encontraba la paz; esa era su meta y su destino.

Regresó a casa pensando en cómo encontrar nuevos componentes para su banda, caminando entre las sombras de farolas apagadas a perpetuidad. La basura se amontonaba junto a un contenedor, impregnando de putrefacción una calma sofocante. Al entrar por la puerta su madre asomó un ojo desde la cocina.

—¿No ha venido todavía?

—Tenía que hablar con un amigo encargado de una obra.

—No le disculpes. —David besó a su madre en la frente—. Estará en el bar del Tolo con toda esa panda de perdedores.

—¡No hables así de tu padre! Hace lo que puede.

—¿Qué hay para cenar? —David prefirió no continuar. Sabía que su madre jamás diría una palabra en contra de alguien de su familia. No lo hizo cuando su hermano le vaciaba la cartera y no lo haría con su marido alcohólico.

—Macarrones. ¿Qué te pasa? Tienes cara de malas pulgas. —Asun le acarició las melenas a su hijo—. Menudos nudos tienes.

—El Alberto y el Ramón, que se han largao.

—¡Sí que te han durado poco estos!

—No tenían ni puta idea de tocar.

—¡Habla bien! Deberías pasarte por donde limpio los lunes. Está lleno de músicos.

—¿Por el conservatorio?

—Sí, eso. Allí están dale que te pego todos los días.

—Pero esos solo saben tocar chorradas de partituras y eso.

—¡Haz lo que quieras!

—Vale, vale, mañana iré a ver. Échame unos pocos más.

—Aprovecha a mirar...

—¡Ya! A ver si quieren un nuevo jefe en el Santander.

David había dejado sus estudios de FP a medias y, como tampoco encontraba un trabajo donde su irrefrenable personalidad tuviera cabida más de un par de semanas, disponía de todo el tiempo para él. A media mañana cogió el autobús que acercaba al centro. El aspecto formal del conservatorio y su entorno le hicieron dudar de lo adecuado de su vestimenta. Allí nadie llevaba los vaqueros rotos ni camperas y, exceptuando las chicas, tampoco unas melenas tan largas y desaliñadas. Pero David no reparaba demasiado en la opinión de los demás, o por lo menos eso deseaba creer. Entró en el edificio con el mayor aplomo y naturalidad.

—¿A dónde va usted, caballero? —le interpeló un hombre de sonrisa amistosa y gafas de pasta que leía un grueso libro tras el mostrador de la entrada.

—Vengo a buscar un batería y un bajo.

El lector, que inmediatamente simpatizó con la franqueza del muchacho, contestó con gesto risueño.

—¿Por qué solo batería y bajo?

—Porque yo canto y toco la guitarra. —Para David aquel era un argumento más que suficiente.

El gesto risueño se acentuó.

—¿Qué música quieres hacer?

—*Rock* —fue la inmediata y sentenciosa respuesta, que mostraba que aquella palabra tenía un contenido absoluto para el joven.

—¿Has escuchado algo de *rock* progresivo? —El lector intuyó que la rotundidad de David solo escondía desconocimiento.

—No.

David pensó que aquel listillo quería hacerse el enrollado. Se volvió y le ignoró. Avanzó por los pasillos intentando amortiguar sin éxito el claqueo de sus tacones de madera. Sus pasos percutivos se superponían al sonido de los distintos instrumentos que escapaban de forma tenue por las rendijas, formando una especie de orquesta desatinada y lejana. David pegaba sin reparos la oreja a las gruesas puertas: saxofones, clarinetes, pianos y todo tipo de extraños instrumentos sonaban con destreza intimidante. No escuchó bajos ni baterías. El suelo del pasillo brillaba y olía a limpio. Pensó en su madre fregando aquellos suelos y sintió una punzada de culpabilidad. Al salir preguntó al listillo si podía poner una nota en el tablón de anuncios, a lo que este respondió afirmativamente, esta vez sin prestarle apenas atención. Ya que se encontraba en el centro, decidió darse un garbeo. Se encendió un cigarro y comenzó a recorrer calles sin criterio alguno. De vez en cuando se detenía para ver alguna oferta de trabajo pegada en alguna pared: limpieza, pintores,

camareros... Nada que le interesase. Al pasar por delante de una pequeña tienda de discos recordó, todavía con cierta antipatía, el comentario del listillo.

—¿Tenéis algo de *rock* progresivo? —preguntó con su falta de etiqueta habitual, rompiendo el encantamiento que creaba el tintineo de unos diminutos discos de oro que colgaban sobre la puerta.

—Buenos días. Tenemos algo de Pink Floyd, King Crimson, Jethro Tull, Supertramp y alguna cosilla más —contestó con gesto reprobatorio el joven empleado, mientras pasaba una almohadilla aterciopelada a un vinilo—. Tienes un plato al fondo.

Para David, que no conocía más *rock* que el de barrio con tintes *punk*, aquello de progresivo —y, como rezaba el separadiscos, sinfónico— le sonaba rebuscado. El primer disco que puso fue *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd. Miró la portada mientras comenzaba a sonar una acústica apagada y por un segundo estuvo seguro de perder el tiempo. Bastaron unos compases para que algunos de sus prejuicios comenzaran a diluirse. No estaba mal del todo; quizás un poco blandito para su gusto, pero algo atrayente y profundo transmitía aquella música, que en ningún caso tildaría de *rock*. Reconocía el sonido Fender, pero este viajaba en nubes de innumerables resonancias mágicas y desconocidas. A continuación, dejó caer al azar la aguja sobre un disco en directo de Jethro Tull. Una guitarra soleaba vertiginosa sobre una potente base en la que distinguía piano, flauta y violín. Aquello ya era otra cosa; sin duda se le podía llamar *rock*, aunque era tan distinto a lo que había oído que, por algún motivo, también le incomodaba. Uno tras otro, grupos de los que jamás había oído hablar fueron forzando una renuncia. No podía negar la calidad de aquellos músicos y de lo que hacían. Había despreciado durante tanto tiempo todo lo que estuviese fuera de lo que él entendía como auténtico *rock*, que ahora estaba obligado a una completa recapitulación.

Regresó al conservatorio con urgencia. Solo habían transcurrido un par de horas desde que colgara la nota en el tablón, donde con desigual escritura demandaba bajo y batera para grupo de *rock*, y ya no se reconocía en ella. La hizo una pelota y en su lugar puso otra

donde, con mejor caligrafía, escribió: se buscan instrumentistas para formar banda de *rock* progresivo. Añadió el teléfono de su casa y la dirección de la bajera de ensayo. Tampoco se reconocía en la nota que acababa de redactar, pero le atrajo parecerse a quien la hubiese escrito. El listillo con gafas de pasta levantó la mirada un instante de su lectura y regresó a esta con gesto satisfecho. David pensó en acercarse a quien ahora miraba más como a un sabio que como a un listillo. Le hubiese gustado agradecerle la valiosa información, pero tras un segundo de indecisión se marchó sin decir palabra.

La primera en responder a la búsqueda de David fue Ana. Según le dijo por teléfono, tocaba la batería y hacía coros. Lo dijo con tal naturalidad que disipó temporalmente los prejuicios que David podía tener sobre una mujer que tocase la batería.

—¿Con quién has tocado? —preguntó este, mientras Ana se acomodaba tras el esqueleto endeble de la vieja Tama, que ocupaba un rincón de la bajera de ensayo.

—Con nadie. —Fue la escueta respuesta con la que concluyó su acomodo.

A David aquello le desconcertó y disgustó a partes iguales. La tal Ana tenía más o menos su misma edad. Era alta y atlética, no era demasiado guapa, pero su sonrisa perfecta con aire infantil y unos enormes ojos verdes le daban un atractivo innegable.

—Bueno, voy a tocar unos acordes en cuatro por cuatro y metes lo que te parezca —soltó desairado, pensando en terminar con aquello lo más rápido posible. Sinténdose clemente en el último instante, comenzó a tocar más pausado de lo que en un primer momento había decidido.

Ana, con las baquetas en sus manos, se quedó inmóvil escuchando durante los primeros diez o doce compases. David, ante aquel silencio, precipitó sus conclusiones: la niña se había quedado de piedra, incapaz de mover una articulación. Pero antes de que la anticipación de este terminara en algún desafortunado comentario, Ana adoptó una postura de manual y comenzó a acompañarle. Entró con un suave crepitar de *chaston* y unos contratiempos de *timbal*, que la

bordonera contribuía a fundir perfectamente con el sonido roto de la guitarra. David sintió un escalofrío que le erizó el vello de los brazos. Transcurridos unos compases, decidió complicarle un poco las cosas para ver que más sabía hacer. Sin previo aviso dobló el tiempo y atesilló el ritmo. «¡Increíble!», pensó, como si hubiese sido testigo de un acontecimiento cercano a lo sobrenatural. ¿Cómo era posible que le hubiera cogido tan rápido? La chica no le miraba. Ni siquiera tenía los ojos abiertos. Daba la impresión de que lo hubiesen estado ensayando durante horas. Ana, lejos de amedrentarse, afianzaba poco a poco su sonido y su presencia. No parecía que la velocidad fuese un problema para ella. Cuanto más exigente era la guitarra, más rica en recursos era su respuesta. Cinco minutos bastaron para alcanzar un lugar donde David nunca había estado. Él no daba más de sí y rezó al dios de los músicos para que ella también hubiese llegado a su límite. Sin embargo, Ana, dentro del necesario despliegue físico que exigía aquel ritmo endiablado, permanecía relajada, revistiendo de innumerables técnicas estilísticas toda la extensión de una batería que amenazaba con desmontarse en cualquier momento.

—¡Joder tía, tocas de puta madre! —exclamó David, incapaz de contener el sentimiento de admiración.

—Gracias. Tú tampoco lo haces mal —contestó Ana con una sonrisa sofocada.

Ana Fresán era la miembro más joven de una larga estirpe de violinistas, clarinetistas, chelistas y, sobre todo, pianistas. Incluso un tío abuelo suyo llegó a ser director de una prestigiosa orquesta. Con semejantes antecedentes, términos como perseverancia, esfuerzo, firmeza y todos sus posibles sinónimos sonaban de forma machacona en el entorno donde creció. Había otras palabras, como orgullo y expectativas, que, pese a no ser pronunciadas, tenían en la familia un peso específico incluso superior. Fue probablemente por esos sentimientos, por el orgullo y las expectativas, por lo que la decisión de Ana de abandonar sus clases de piano clásico supuso una gran decepción para sus padres. No fue menor la conmoción familiar cuando anunció poco después que lo hacía para dedicarse

enteramente a la batería, con la que secretamente flirteaba en el conservatorio desde hacía tiempo. Un instrumento que, desde un punto de vista burgués y conservador, no tenía talla ni, por supuesto, cabida en la llamada música culta.

El porqué de esta decisión fue algo que trajo de cabeza a sus padres durante mucho tiempo. «Qué es lo que habían hecho mal», se preguntaban, convencidos de su responsabilidad. Después de tanta disciplina, de tanto adiestramiento e inversión... Pasaron muchos años hasta que Ana tuvo oportunidad de relatarles el curioso acontecimiento que la empujó a tomar esa resolución.

Tenía dieciséis años y se sentía, como casi todos a esa edad, triste e incomprendida. Mientras algunos de sus compañeros de instituto daban rienda suelta a sus impulsos en pequeñas bandas locales, ella, sola en el centro de su enorme salón de estilo barroco, interpretaba una pieza de Schubert en sol mayor en un Bösendorfer de cola. Agravios comparativos de este estilo hacían bullir sus hormonas, mientras el incansable péndulo invertido de un metrónomo le recordaba un tiempo que se le escapaba, haciendo imposible la concentración en la extensa y compleja pieza.

Fue entonces cuando una de las puertas macizas del salón se entreabrió con un quejido, sin aparente explicación. La atracción que ejerció aquel portón con vida propia la obligó a levantarse. Se acercó de puntillas, conteniendo la respiración, y buscó un ángulo que le permitiese ver a quien pudiera encontrarse espionando tras la puerta. Nadie había al otro lado, pero en la proyección de la rendija, unos metros más allá, se podía observar la televisión de la cocina. La pequeña pantalla, encendida pero en silencio, acompañaba las labores de Dolores, la cocinera. Ana cruzó la pesada puerta prolongando su lamento, ya desposeído de misterio, y se aproximó hechizada a la pantalla. Cuatro chicas ataviadas con una estética provocadora se movían al tiempo, empuñando micro, bajo y guitarras eléctricas sin emitir sonido alguno. Subió el volumen de golpe. Dolores, que pelaba unas patatas concentrada en sus propios sueños, casi se muere del susto. Ana se quedó maravillada con la música y el aspecto contundentes de las Runaways. Un primer plano colocó a Sandy West

en la pantalla golpeando con furia la batería. A la joven pianista se le erizó el vello, se sonrojaron sus mejillas y su corazón se puso a dar saltos. Nunca había sentido algo así; fue su primer flechazo. A partir de aquel día decidió que era aquel y no otro instrumento el que deseaba tocar. Ninguna orquesta, ningún violín, ni, por supuesto, ningún piano de los innumerables conciertos a los que había acompañado a sus padres había provocado sensación similar. Estaba decidido.

Ana no perseguía, como David, el foco central de un gran estadio, ni hubiese sido feliz como solista en la filarmónica de Viena, como deseaban sus padres. A ella le fascinaba el aspecto físico de la batería. Sentada al cobijo de platos y timbales, encontraba un lugar único donde soltarse y dejarse llevar. Podía saborear con entera libertad la adrenalina que su cuerpo generaba con cada golpe, con el retumbar grave del bombo; dejarse arrastrar a la locura, al éxtasis y regresar a su estado de formalidad y recato absolutos tan solo con levantarse del taburete. Practicaba todas las horas libres que sus estudios universitarios le permitían. Ensayaba apasionadamente hasta que sus brazos o sus vecinos decían basta. Ahora, perseverancia y expectativas habían pasado a formar parte de su propio vocabulario.